

cribe en los periódicos. Pero en los periódicos se os recibe mal; no quieren daros las señas. Y además, creo que no firma sus artículos con su verdadero nombre.

Sin decir una palabra, Busch había alargado el brazo para tomar, de su casilla alfabética, el legajo Jordan. Lo componían seis pagarés de á cincuenta francos, fechados cinco años antes y escalonados de mes en mes, una suma total de trescientos francos, que el joven había firmado á un sastre en días de miseria. No pagados á su presentación, los pagarés habían crecido con gastos enormes, y el legajo desbordaba con una formidable serie de procedimientos judiciales. En aquel momento la deuda subía á setecientos treinta francos y quince céntimos.

—Si es un muchacho de porvenir—murmuró Busch—ya lo cogemos.

Después, pasando su memoria de unas ideas á otras, exclamó:

—Y decid, ¿abandonamos el asunto Sicardot?

La Mechain alzó al cielo sus brazos. Toda su monstruosa persona se removió con desesperación.

—¡Ah, Señor Dios!—gimió con su voz de flauta.—¡Me va á costar la piel!

El asunto Sicardot era toda una historia novelesca que ella se complacía en contar. Una prima suya, Octavia Chavaille, la hija tardía de una hermana de su padre, había sido violada á los dieciséis años, una noche, en la escalera

de una casa de la calle de la Harpe, donde ella y su madre habitaban un cuartito en el piso sexto. Lo peor era que el violador, llegado ocho días antes con su mujer á una habitación que subarrendaba una señora del segundo, se había mostrado tan amoroso, que la pobre Octavia, tumbada con demasiada violencia contra el ángulo de un escalón, se había fracturado un hombro. De aquí la justa cólera de la madre, que amenazó con un terrible escándalo, á pesar de las lágrimas de la muchacha, confesando que ella había consentido y que tendría mucha pena si llevaban á la cárcel al caballero. Entonces la madre se calló, contentándose con exigir de éste una suma de seiscientos francos, repartida en doce pagarés, cincuenta francos por mes, durante un año; y en ello no había habido venta vergonzosa, la cosa era modesta, porque su hija, que acababa su aprendizaje de modista, no ganaba nada, enferma en cama, gastando mucho, y tan mal cuidada por otra parte, que, habiéndosele contraído los músculos del brazo, quedaba inutilizada. Antes del fin del primer mes, el caballero había desaparecido sin dejar sus señas. Y las desgracias continuaron cayendo como una granizada: Octavia daba á luz un niño, perdía á su madre y caía en una mala vida, en una gran miseria. Habiendo ido á parar á la *Cité de Nápoles*, á casa de su prima, corría las calles hasta los veintiséis años, no pudiendo servirse de su brazo, vendiendo algunas veces

limones en los mercados, desapareciendo durante semanas enteras con hombres, que la despedían borracha y llena de cardenales. En fin, el año anterior había tenido la suerte de reventar, á consecuencia de una escapatoria más arriesgada que las otras. Y la Mechain se vió obligada á quedarse con el niño, Víctor; y de toda aquella aventura no quedaban más que los doce pagarés no pagados, con la firma de Sicardot. Jamás se había podido saber más: el caballero se llamaba Sicardot.

Con un nuevo gesto, Busch cogió el legajo Sicardot, una delgada carpeta de papel gris. No se había hecho ningún gasto, y no había allí más que los doce pagarés.

—¡Y todavía si Víctor fuera bueno!—decía lamentándose la vieja—Pero figuráos un muchacho que espanta..... ¡Ah! es muy duro tener estas herencias: un pilluelo que acabará en la guillotina, y esos pedazos de papel de que nunca sacaré nada.

Busch fijaba con obstinación sus ojos sin color sobre los pagarés. ¡Cuántas veces los había estudiado de aquel modo, esperando descubrir un indicio en un detalle no advertido, en la forma de las letras, hasta en el grano del papel sellado! Parecíale que aquella escritura fina y puntiaguda no le era desconocida.

—¡Es curioso!—repitió una vez más.—Seguramente he visto antes *a* y *o* parecidas, tan alaragadas que semejan *i*.

Llamaron precisamente en aquel momento,

y rogó á la Mechain que alargase la mano para abrir, porque la habitación daba directamente á la escalera. Había que atravesarla para pasar á la otra, á la que daba á la calle. La cocina, un agujero sin aire, estaba al otro lado de la meseta de la escalera.

—Entrad, señor.

Y entró Saccard, sonriendo, divertido interiormente por la placa de cobre colocada sobre la puerta, que ostentaba en letras negras la palabra: *Contencioso*.

—¡Ah! sí, señor Saccard, venís para aquella traducción..... Mi hermano está allí, en la otra pieza..... Entrad, entrad pues.

Pero la Mechain obstruía por completo el paso, y contemplaba al recién llegado, absorta, con aire de sorpresa. Hubo necesidad de toda una maniobra: él retrocedió á la escalera, y ella misma tuvo que salir haciéndose á un lado en la meseta, de modo que él pudiese volver á entrar y pasar al fin á la habitación vecina, donde desapareció. Durante aquellas evoluciones ella no había dejado de mirarle.

—¡Oh!—suspiró sofocada—jamás había yo visto tan bien á ese señor Saccard..... Víctor es todo su retrato.

Busch, sin comprender al pronto, la miraba. Luego, iluminado bruscamente, ahogó un juramento.

—¡Voto á Dios! ¡Eso es..... ya sabía yo que había visto esto en alguna parte!

Y entonces se levantó, removió los legajos, y acabó por encontrar una carta que Saccard le había escrito el año anterior, para pedirle un plazo en favor de una señora insolvente. Comparó vivamente la escritura de los pagarés con la de aquella carta: eran las mismas *a* y las mismas *o*, que se habían hecho con el tiempo aún más alargadas; y había también una identidad de mayúsculas evidente.

—Es él, es él—repetía.—Sólo que, veamos: ¿por qué Sicardot? ¿por qué no Saccard?

Pero despertábase en su memoria una historia confusa, el pasado de Saccard, que un día le había contado un agente de negocios, llamado Larsonneau, hoy millonario: Saccard llegando á París al día siguiente del golpe de Estado, viniendo á explotar el poder naciente de su hermano Rougon, y, al principio, su miseria en las sombrías calles del antiguo barrio latino, y luego su rápida fortuna, después de su oscuro matrimonio, cuando tuvo la suerte de enterrar á su mujer. En aquellos principios difíciles fué cuando cambió su nombre de Rougon por el de Saccard, transformando simplemente el nombre de aquella primera mujer, que se llamaba Sicardot.

—Sí, sí, Sicardot, lo recuerdo perfectamente—murmuró Busch.—Tuvo el valor de firmar los pagarés con el nombre de su mujer. Sin duda el matrimonio había dado este nombre al llegar á la calle de la Harpe. Y después, el perdido acudía

á toda clase de precauciones, debía tomar el portante á la menor alarma.... ¡Ah, no buscaba más que los escudos, y tumbaba además á las muchachas en las escaleras! Esto es estúpido, esto acabará por darle una mala vuelta.

—¡Chut, chut!—dijo la Mechain.—Ya lo tenemos, se puede decir que hay un buen Dios. Al fin voy á ser recompensada de todo lo que he hecho por ese pobre Víctor, á quien amo mucho, creedme, aunque es incorregible.

Estaba radiante, sus ojillos chispeaban en su rostro mantecoso.

Pero Busch, después del acaloramiento de aquella solución largo tiempo buscada, reflexionaba friamente, movía la cabeza. Sin duda Saccard, aunque arruinado por el momento, aún servía para ser explotado. Podían haber dado con un padre que ofreciera menos ventajas. Sólo que no se dejaría dar disgustos, era hombre listo. Y luego, seguramente no sabía que tenía un hijo, y podría negar, aun á pesar del extraordinario parecido que asombraba á la Mechain. Por lo demás, estaba viudo por segunda vez, libre, no tenía que dar cuentas de su pasado á nadie; de suerte que, aún aceptando al pequeño, no era posible explotar contra él ningún miedo, ninguna amenaza. Cuanto á no sacar de su paternidad más que los seiscientos francos de los pagarés, era en verdad una miseria y no valía la pena de haber sido tan ayudados milagrosamente por el azar. ¡No, no! Había que reflexionar, estudiar el

asunto, encontrar la manera de segar la mies en sazón.

—No nos apresuremos—concluyó Busch.— Por lo demás, ahora está caído, démosle tiempo para levantarse otra vez.

Y, antes de despedir á la Mechain, acabó de examinar con ella los menudos asuntos de que estaba encargada: una joven que había empeñado sus alhajas para un amante; un yerno cuya deuda pagaría su suegra, su querida, si sabían manejarse; en fin, las variedades más delicadas del cobro tan complejo y tan difícil de créditos.

Saccard, al entrar en la habitación vecina, había quedado deslumbrado un momento por la viva claridad de la ventana, con sus cristales llenos de sol, sin cortinas. Aquella habitación, tapizada con un papel descolorido á florecillas azules, estaba desnuda: nada más que una pequeña cama de hierro en un rincón, una mesa de pino en medio, y dos sillas de paja. A lo largo del pasillo de la izquierda, tablas apenas cepilladas servían de biblioteca, cargadas de libros, de folletos, de periódicos, de papeles de todas clases. Pero la viva luz del cielo, en tales alturas, daba á aquella desnudez como una alegría de juventud, una sonrisa de fresca ingenuidad. Y allí estaba el hermano de Busch, Segismundo, un joven de treinta y cinco años, imberbe, de cabellos castaños, largos y claros, sentado delante de la mesa, su ancha frente en sus delgadas manos, tan absorto en la lectura

de un manuscrito, que no volvió la cabeza, no habiendo oído abrirse la puerta.

Era una inteligencia aquel Segismundo, educado en las universidades alemanas, y que además del francés, su lengua materna, hablaba el alemán, el inglés y el ruso. En 1849, en Colonia, había conocido á Karl Marx, y había sido el redactor más querido de su *Nouvelle Gazette Rhénane*; y desde entonces se habían fijado sus ideas, profesando el socialismo con una fé ardiente, habiendo consagrado su vida entera á la idea de una próxima renovación social, que debía asegurar la felicidad de los pobres y de los humildes. Desde que su maestro, expulsado de Alemania, obligado á emigrar de París á consecuencia de las jornadas de Junio, vivía en Londres, esforzándose por organizar su partido, él por su parte vegetaba, entregado á sus sueños, de tal modo indiferente á la vida material, que seguramente se habría muerto de hambre si su hermano no lo hubiera recogido en la calle Feydeau, cerca de la Bolsa, dándole la idea de utilizar sus conocimientos de idiomas para establecerse como traductor. Aquel hermano mayor adoraba al menor con una pasión maternal; lobo feroz con sus deudores, muy capaz de robar diez sueldos en la sangre de un hombre, pero enterneciéndose en seguida hasta llorar, con una ternura apasionada y minuciosa de mujer, así que se trataba de aquel joven distraído, que seguía siendo niño. Le había dejado la pieza grande

que daba á la calle; servíale como una criada; limpiaba su extraño menaje, barriendo, haciendo las camas, ocupándose de la comida que subían dos veces al día de un pequeño restaurant vecino. Él, tan activo, con la cabeza ocupada con mil asuntos, lo toleraba ocioso, porque las traducciones no adelantaban interrumpidas por trabajos personales; y hasta le prohibía trabajar, inquieto por una mala tosecilla; y, con su apego al dinero, con su criminal codicia, que fundaba en la conquista del dinero la única razón de vivir, sonreía indulgentemente á las teorías del revolucionario, le abandonaba el capital, como un juguete á un niño, decidido á vérselo romper.

Segismundo, por su parte, ni siquiera sabía lo que hacía su hermano en la pieza vecina. Ignoraba del todo aquel horrible negocio sobre los valores sin circulación y sobre la compra de créditos; vivía más alto, en su sueño soberano de justicia. La idea de caridad le hería, le ponía fuera de sí: la caridad era la limosna, la desigualdad consagrada por la bondad; y no admitía más que la justicia, los derechos de todos reconquistados, afirmados en inmutables principios de la nueva organización social. Así, siguiendo á Karl Marx, con quien estaba en continua correspondencia, consumía sus días estudiando aquella organización, modificando, mejorando sin cesar en el papel la sociedad de mañana, cubriendo de cifras inmensas páginas, basando en la ciencia todo el complicado anda-

miaje de la dicha universal. Retiraba el capital á unos para repartirlo entre todos, removía millares de millones, modificaba de una plumada la fortuna del mundo, y esto, en aquella habitación desnuda, sin otra pasión que su sueño, sin una necesidad de goce que satisfacer, siendo de una frugalidad tal, que su hermano tenía que incomodarse para que bebiese vino y comiese carne. Quería que el trabajo de cada hombre, medido según sus fuerzas, asegurase la satisfacción de sus apetitos: él se mataba á trabajar y vivía con nada. Un verdadero sabio, exaltado en el estudio, desprendido de la vida material, muy dulce y muy puro. Desde el último otoño, tosía cada vez más, la tisis lo invadía, sin que siquiera se dignase advertirlo y cuidarse.

Habiendo hecho Saccard un movimiento, levantó al fin Segismundo sus ojos de mirada vaga, y se asombró, aunque conocía al visitante.

—Le traigo una carta que traducir.

La sorpresa del joven aumentaba, porque había ahuyentado á los clientes, los banqueros, los especuladores, los agentes de cambio, todo ese mundo de la Bolsa que recibe, particularmente de Inglaterra y de Alemania, numerosa correspondencia, circulares, estatutos de sociedades.

—Sí, una carta en ruso. ¡Oh, nada más que diez líneas!

Tendió entonces la mano, por ser el ruso su especialidad, y Segismundo el único que lo traducía corrientemente, entre todos los demás tra-

ductores del barrio, que vivían del alemán y del inglés. La rareza de documentos rusos en el mercado de París, explicaba sus largas faltas de trabajo.

Leyó en alta voz la carta, en francés. Era, en tres frases, una respuesta favorable de un banquero de Constantinopla, un sencillito sí, en un negocio.

—¡Ah, gracias!—exclamó Saccard, que pareció muy satisfecho.

Y suplicó á Segismundo que le escribiese la traducción en el revés de la carta. Pero el joven fué acometido de un furioso acceso de tos, que ahogó en su pañuelo para no alarmar á su hermano, que acudía así que le oía toser. Después, pasada la crisis, se levantó y abrió la ventana de par en par, sofocado, queriendo respirar el aire libre. Saccard que se le había aproximado, miró hacia afuera, y lanzó una ligera exclamación:

—¡Calle, se ve desde aquí la Bolsa! ¡Qué aspecto tiene desde esta altura!

Jamás, en efecto, la había visto de aquel modo tan singular, como á vista de pájaro, con las cuatro pendientes de zinc de su techo extraordinariamente desarrolladas, erizadas de un bosque de chimeneas. Las puntas de los pararrayos alzábanse parecidas á gigantescas lanzas amenazando al cielo. Y el monumento mismo, no era más que un cubo de piedra, estriado regularmente por las columnas, un cubo de un gris sucio, desnudo y feo. Pero lo que sobre todo le

asombraba, eran las gradas y el peristilo, salpicados de hormigas negras, todo un hormiguero en revolución, agitándose en un movimiento enorme, que no se explicaba desde arriba y que daba compasión.

—¡Cómo se empequeñece eso!—añadió.—Se diría que puede uno cogerlos á todos en la mano de un puñado.

Después, conociendo las ideas de su interlocutor, continuó riendo:

—¿Cuándo echáis á rodar todo eso de un puntapié?

Segismundo se encogió de hombros.

—¿Para qué? Vosotros mismos os destroréis.

Y poco á poco se animó, desbordado el asunto que llenaba su sér. Una necesidad de proselitismo lo lanzaba, á la menor palabra, á la exposición de su sistema.

—Sí, sí, trabajáis para nosotros, sin sospecharlo..... Sois unos cuantos usurpadores que expropiáis á la masa del pueblo, y cuando estéis hartos no tendremos más que expropiaros á nuestra vez..... Todo acaparamiento, toda centralización, conduce al colectivismo. Vosotros nos dáis una lección práctica, de la misma manera que las grandes propiedades absorbiendo los pedazos de tierra, los grandes productores devorando á los obreros, las grandes casas de crédito matando toda competencia, engordando con la ruina de los pequeños bancos y de las pe-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

queñas tiendas, son pasos lentos, pero seguros, hacia el nuevo estado social.... Nosotros esperamos que todo se derrumbe, que la forma de producción actual traiga el intolerable malestar de sus últimas consecuencias. Entonces nos ayudarán los burgueses y los campesinos mismos.

Saccard, lleno de interés, le miraba con vaga inquietud aunque lo tomaba por un loco.

—Pero, en fin, explicadme en qué consiste vuestro colectivismo.

—El colectivismo es la transformación de los capitales privados, que viven de las luchas de la concurrencia, en un capital social unitario, explotado por el trabajo de todos... Figuráos una sociedad en la que los instrumentos de producción son propiedad de todos, donde todo el mundo trabaja según su inteligencia y su vigor, y donde los productos de esta cooperación social son distribuidos á todos, á prorrata de su esfuerzo. ¿Verdad que no hay nada más sencillo? Una producción común en las fábricas, en los almacenes, en los talleres de la nación; después un cambio, un pago en especie. Si hay exceso de producción se le pone en depósitos públicos, de donde se le saca para llenar los déficits que puedan producirse. Es una balanza por hacer... Y esto abate el árbol podrido, como de un hacha. No más competencia, no más capital privado, y, por consiguiente, no más negocios de ninguna clase, ni mercados, ni Bolsas. La idea de la ganancia ya no tiene ningún sentido. Las

fuentes de la especulación, de las rentas ganadas sin trabajar, quedan cegadas.

—¡Oh, oh!—interrumpió Saccard.—¡Eso cambiaría de modo endiablado las costumbres de muchas gentes! ¿Pero qué haréis con los que hoy tienen rentas?... ¿Le quitaréis á Gundermann sus millones?

—De ningún modo, no somos ladrones. Le compraríamos sus mil millones, todos sus valores, sus títulos de renta, con bonos de consumo, divididos en anualidades. Imagináos ese capital inmenso reemplazado así por una riqueza sofocante de medios de consumo: en menos de cien años los descendientes de vuestro Gundermann se verían reducidos, como los demás ciudadanos, al trabajo personal, porque las anualidades acabarían por agotarse, y no habrían podido capitalizar sus economías forzosas, en ese amontonamiento de provisiones, aun admitiendo que se conserve intacto el derecho de herencia... Os digo que esto acaba de un escobazo no sólo con los negocios individuales, las sociedades por acciones, las asociaciones de capitales privados, sino también con todas las fuentes indirectas de rentas, todos los sistemas de crédito, préstamo, alquileres, arriendos... Ya no hay otra medida de valor que el trabajo. El salario queda naturalmente suprimido; no siendo, en el estado capitalista actual, equivalente al producto exacto del trabajo, puesto que jamás representa más que lo que es estrictamente necesario al trabajador

para su diario sustento. Y hay que reconocer que el estado actual es el único culpable, porque el patrón más honrado se ve obligado á seguir la dura ley de la competencia, á explotar á sus obreros, si quiere vivir. Hay que destruir todo nuestro sistema social... ¡Ah, Gundermann ahogándose bajo el peso de sus bonos de consumo, los herederos de Gundermann no pudiendo llegar á comerlo todo, obligados á dar y á tomar el pico ó la herramienta como los compañeros!

Y Segismundo soltó una carcajada de colegial en recreo, siempre en pie al lado de la ventana, con las miradas en la Bolsa, donde se agitaba el negro hormiguero del juego. Sus pómulos se ponían encendidos, gozando sólo con imaginar de aquel modo las placenteras ironías de la justicia del mañana.

El malestar de Saccard había aumentado. ¡Si aquel soñador diría verdad, sin embargo! ¿Habría adivinado el porvenir? Explicaba cosas que parecían muy claras y sensatas.

—¡Bah!—murmuró para tranquilizarse.—Todo eso no sucederá el año que viene.

—Ciertamente—continuó el joven.—Estamos en el período transitorio, en el período de agitación. Acaso habrá violencias revolucionarias que son con frecuencia inevitables. Pero las exageraciones, los arrebatos son pasajeros.... ¡Oh! no se me ocultan las grandes dificultades inmediatas. Todo este porvenir soñado parece imposible, porque no se puede dar á las gentes una idea razona-

ble de esa sociedad futura, esa sociedad de justo trabajo, cuyas costumbres serán tan distintas de las nuestras. Es como otro mundo en otro planeta.... Y luego, hay que confesarlo: la reorganización no está preparada, todavía andamos estudiándola. Yo, que apenas duermo, empleo en ello mis noches. Es cierto que se nos puede decir: «Si las cosas son como son, es porque la lógica de los hechos humanos las ha hecho así.» Por eso ¡qué trabajo para volver el río á su nacimiento y dirigirlo por otro cauce!.... Ciertamente que el estado social presente ha debido su prosperidad secular al principio individualista, que la emulación, el interés personal desarrolla una fecundidad de producción sin cesar renovada. ¿Llegará el colectivismo á esta fecundidad? ¿Cuál será el medio de activar la función productora del trabajador, cuando la idea del lucro haya desaparecido? Aquí está, en mi concepto, la duda, la angustia, el terreno débil en que es preciso que luchemos, si queremos que el socialismo triunfe algún día.... Pero venceremos, porque somos la justicia. ¡Mirad! ¿Veis ese monumento.... lo veis?

—¡La Bolsa!—dijo Saccard.—¡Pardiez, sí, la veo!

—¡Pues bien! Sería una necedad volarla, porque sería reedificada en otra parte.... Únicamente os predigo que desaparecerá por sí misma, cuando la expropie el Estado, convertido lógicamente en el único y universal banco de la